

# EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA Y LA CAPACIDAD DE RENUNCIA

## 1. PRESUPUESTOS PEDAGÓGICOS.

La educación, como perfeccionamiento de las facultades específicamente humanas, es un hecho individual. Mas, dada la realidad de la existencia humana, no se puede alcanzar la perfección individual prescindiendo de los factores sociales, ya que el bien individual tiene estrechas relaciones con el bien común; de suerte que la educación ha de servir al bien común para servir eficazmente al bien individual.

Por tres caminos sirve la educación al bien común: Fortaleciendo en el hombre la capacidad para producir y alcanzar los bienes espirituales y gozarse en ellos, desarrollando la capacidad de producción de bienes materiales, y despertando y fortaleciendo la capacidad de renuncia.

El tercero de los caminos señalados está olvidado casi por completo en la educación occidental o se ha mirado desde un punto de vista bajo y limitado. Gran parte de la que suele llamarse educación represiva es un estímulo constante, pero hosco y hombrío, a la renuncia; al muchacho se le prohíbe hacer una cosa, se le prohíbe hacer otra, y tal actitud se resuelve haciéndole que renuncie a esto y aquello, pero casi siempre se le incita a la renuncia de actividades cuando lo que había de hacerse era incitarle a la renuncia de cosas, brindándole tal renuncia como una hermosa conquista de sí mismo y de algo más alto (1).

## 2. LA RENUNCIA EN LA VIDA CRISTIANA.

La renuncia, de suyo, es una actitud antinatural. Todo ser tiende a mantenerse y aun a ampliar sus perfecciones; la renuncia, en sentido absoluto, no perfecciona nada, ya que esencialmente es una deja-

---

(1) Vid. estas mismas consideraciones ampliadas en mi obra *Cuestiones de Filosofía de la Educación*, VIII, Madrid, 1952, págs. 123 y siguientes.

ción, un abandono de algo que pudiera añadirse al propio ser. Mas si miramos al ser humano existente, lo encontramos cercado de limitaciones y posibilidades; su tendencia a la perfección le llevará a hacer reales todas las posibilidades; pero las limitaciones de su capacidad le obligan constantemente a realizar ese acto tan propiamente humano: la elección.

La elección concluye el período deliberativo incorporando algo nuevo, cosa o actitud, al propio ser; pero tiene también un aspecto negativo en cuanto que al elegir ese algo se prescinde o deja lo demás. Cuando nos hacemos conscientes de tal prescindencia, *renunciamos* a una cosa por elegir otra mejor.

A la luz de las precedentes consideraciones podemos atisbar la razón que el Señor tiene para pedir lo que tan duro y aun antinatural pudiera a primera vista parecer: la renuncia de sí mismo. Ya el mismo Jesús se cuidó de que sus palabras fueran claras. Exige de un modo terminante la renuncia de sí mismo (Mateo, 16, 22, y Lucas, 9, 23); pero en las palabras siguientes indica el premio de la renuncia. Hay que negarse a sí mismo en el tiempo para ganarse en la eternidad.

En el pasaje evangélico aludido se encuentra el paradigma de toda renuncia humana, porque renunciar es siempre negar algo de nuestro ser o de nuestra vida; y también se encuentra el paradigma de lo que tras de la renuncia se encuentra: una cosa mejor que aquella a la cual se renunció. En las palabras de Cristo anda en danza la vida humana, que en cuanto sensible y temporal no tiene otro sentido que el de gastarla, consumirla, es decir, renunciarla para conseguir la misma vida transformada en espiritual y eterna.

La tendencia psicológica a renunciar sólo se da cuando el hombre, en virtud de tal renuncia, espera encontrarse más apto para alcanzar cosas mejores. Toda educación para la renuncia tendrá como primer paso la descubierta de valores más altos que aquellos a los cuales el hombre se siente inmediatamente atraído. Si la paz social puede perturbarse por la apetencia de los bienes materiales, síguese que para fortalecer la paz hay que atraer al hombre hacia los bienes espirituales.

¿Y qué bien podemos encontrar, *hic et nunc*, mayor que la Santísima Eucaristía? No hace falta que pasemos del nombre. *Eucaristía* vale tanto como decir *buena gracia*. Pero ¿es que hay alguna gracia mala? Si cualquier *χάρις* es favor, gracia, encanto, recompensa, lo más delicado que en la vida podemos encontrar, ¿no es una redundancia

decir que es buena? Todos sabemos que no es una redundancia, sino una superabundancia, una multiplicación de todo lo que de bueno hay en la gracia. Si es sobrecogedora la palabra de Jesús cuando rectificando al joven dice que sólo a Dios ha de llamarse bueno (Marcos, 10, 18), igualmente sobrecogedora es la denominación Eucaristía, porque vale tanto como decir que, comparada con ella, ninguna gracia tiene consistencia.

Bastará con que recordemos las palabras de Santo Tomás en la sabrosa cuestión 79 de la tercera parte de su *Suma Teológica* para que empecemos a comprender por qué en la Eucaristía tenemos la razón principal de renuncia a los bienes materiales. «Se considera el efecto de este sacramento (la Eucaristía) según el modo que es dado, esto es, a manera de comida y de bebida. Y por esto, todo el efecto que produce la comida y la bebida materiales en cuanto a la vida corporal, que sustentan, aumentan, reparan y deleitan, todo esto lo produce ese sacramento en cuanto a la vida espiritual» (2). Efectivamente, en la medida en que nos sustentamos, gozamos y crecemos en la vida espiritual, carecen de significación para nosotros los bienes materiales en sí mismos, de donde podemos inferir que si es la Eucaristía la fuente de donde nace nuestro crecimiento y gozo espiritual, por lo mismo es el principio de nuestra capacidad de renuncia a lo material.

### 3. REALIDAD, GOZO Y CONOCIMIENTO DE LOS BIENES ESPIRITUALES.

Mas para que el hombre renuncie a una cosa en virtud de la posesión de otra es necesario no sólo que posea esta segunda, sino que *tenga conciencia* de tal posesión y se goce en ella, o en otro caso, que espere alcanzarla, lo cual vale tanto como decir que hemos de distinguir entre la realidad de la perfección que el hombre adquiere por medio de la Eucaristía y la conciencia y goce de tal adquisición.

Lo esencial es la realidad de la perfección, ya que sin ella no puede haber conciencia verdadera ni goce subsiguiente; mas pedagógicamente tienen interés mayor el conocimiento y el gozo, porque, dejando a salvo la acción divina, son ellos los que arrastran al hombre hacia los bie-

---

(2) *Suma Teol.*, 3, q. 79, a. 1.

nes espirituales. Apurando la consecuencia, y pidiendo perdón si algo hay que no suene bien, podría decirse que si la Santísima Eucaristía produjera la gracia y no diera conciencia y goce de ella, no tendría valor pedagógico.

Mas la amorosa providencia de Dios, que se inventó al insospechable milagro de la Eucaristía, no iba a dejarla eficaz a medias. Da la realidad de la perfección: «Por este sacramento —escribe con maravillosa precisión Santo Tomás— se perfecciona la vida espiritual para que el hombre exista perfecto en sí mismo por la unión con Dios» (3). Y da también la complacencia en el don: «Su Majestad nos le dió —dice donosamente Santa Teresa— este mantenimiento y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos y que si no es por nuestra culpa no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación» (4).

Es que, aun cuando racionalmente podamos distinguir con claridad por un lado la realidad y por otro la conciencia de los bienes alcanzados, de hecho no se dan separadas, porque la una se apoya en la otra. León XIII, en su encíclica *Mirae caritatis* (5), une los bienes con los gozos al hablar de los efectos de la Santísima Eucaristía: «Este sacramento enriquece los ánimos con la abundancia de los bienes celestiales y derrama en ellos gozos dulcísimos.» De otro modo, y con lenguaje filosófico, la Santísima Eucaristía produce la perfección del hombre en la caridad, no solamente en cuanto al hábito, sino también excitándola al acto (6). Por la Santísima Eucaristía nos hacemos perfectos y caminamos hacia la perfección, alcanzamos el bien espiritual y gozándonos en él vamos dejando nuestra alma sin capacidad para los bienes materiales.

En las citas que me han venido sirviendo de apoyo, y en otras muchas que pudieran traerse a colación, sobreabundan las referencias al goce que produce el Santísimo Sacramento, quedando como en penumbra los efectos que pueda tener respecto del conocimiento. Claro es que al hablar de gusto o gozo en alguna otra cosa se habla implícitamente del conocimiento de ella, porque no puede haber amor ni fruición sin

(3) *Suma Teol.*, 3. q. 79. a. 1, ad. 1.

(4) Santa Teresa. *Camino de perfección*, c. XXXIV. 2.

(5) 28 marzo 1902.

(6) Cfr. Gregorio Alastruev. *Tratado de la Santísima Eucaristía*, parte I. cap. V. cuestión 2, B. A. C., Madrid, 1951.

conocimiento del objeto que le produce. Mas conviene que traigamos a primer plano el conocimiento porque él es el principal punto de partida para la acción educativa; en la medida en que los hombres conocen la vida espiritual se hacen capaces de prescindir de lo material y, recíprocamente, un hombre sin horizonte intelectual está avocado a sumergirse totalmente en una vida material.

La deficiencia de tantos hombres y aun de tantos pueblos que sólo andan tras de lo material no es otra cosa que el tener los ojos cerrados para las cosas del espíritu. A remediar esta deficiencia viene la Eucaristía.

No puede menos de tener una honda significación el hecho de que la primera vez que en el Evangelio se hace referencia a la Eucaristía después de la Resurrección del Señor en el delicioso episodio del camino de Emaús, el primer efecto que se menciona es el de perfeccionar el conocimiento: «Et apérti sunt oculi eorum et cognovérunt eum» (7). El Señor coge el pan, lo bendice, lo parte y se lo da. Y entonces los ojos de los discípulos, que hasta aquel momento habían estado abiertos sólo a la realidad sensible, todo lo bella que se quiera, un atardecer de primavera, un camino, un caminante y un pueblo, se abrieron para la realidad sobrenatural, y todo lo sensible se desvaneció cuando se sintieron en la presencia de Dios resucitado. Después vendrá el conocimiento «consciente», si se me permite hablar así, de la transformación de su corazón. «¿Nonne cor nostrum arders erat un nobis?» (8). ¿No es verdad que ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba? Y, por último, el olvido definitivo de sus asuntos, de sus quehaceres, de sus preocupaciones terrenas para dedicarse a hablar de las maravillas de Dios. «Et ipsi narrabant, quae gesta erant in via» (9). En este episodio queda claro que el pan abre los ojos del todo, hace aprender definitivamente, hace conocer la realidad sobrenatural a través de la sensible y, fortaleciendo el sentimiento, lanza a las obras de caridad. De la gracia producida por la Santísima Eucaristía fluyen actos de conocimiento y de amor.

---

(7) Lucas, 24, 31.

(8) *Ibid.*, 24, 32.

(9) *Ibid.*, 24, 35.

## 4. LA EUCARISTÍA Y LA POSESIÓN DE DIOS.

Nos quedaríamos a medio camino si no lleváramos nuestra consideración más allá de la gracia hasta hacerla llegar a la Divinidad misma. Lo propio del Santísimo Sacramento es que da no sólo la gracia, sino al autor de la gracia; de aquí el que la Eucaristía sea, absolutamente hablando, el más excelente de todos los sacramentos, no sólo por lo que en él se contine, que es sustancialmente el mismo Cristo, sino porque todos los sacramentos se ordenan a éste (10). Es que toda la vida de nuestra madre la Iglesia está ordenada no simplemente a dar tales o cuales gracias o bienes espirituales a su hijos, sino a que Dios mismo sea dado a cada uno de ellos; y hasta podría decirse que Dios en todas sus manifestaciones: en cuanto Deidad purísima y en cuanto Trinidad, una se nos da por virtud de la gracia santificante, porque esta gracia es «la razón de que la persona divina esté de un modo nuevo (inhabitación) en la criatura racional... Por otra parte, no se dice que tenemos sino aquello de que libremente podemos usar y disfrutar, y sólo por la gracia santificante tenemos la potestad de disfrutar de la persona divina» (11). En cuanto hombre-Dios, se nos da en la Eucaristía. De donde resulta que en virtud de ella podemos poseer a Dios en sí mismo y hecho hombre. ¿Podrá ya pensarse en algo que más fuertemente pueda desatarnos de las apetencias terrenas? La santísima Eucaristía es como un Emmanuel continuado y en crecimiento indefinido, porque «siendo la gracia santificante causa adecuada de la inhabilitación de las divinas personas, es también lógico afirmar que a todo aumento de la gracia corresponde un aumento proporcionado de las misiones invisibles de las divinas personas y de su inhabitación en el alma» (12). De aquí podemos inferir que en la comunión no sólo se nos da a Cristo hecho hombre, sino que cuando El se vaya porque desaparezcan las especies sacramentales, las misiones de las divinas personas quedan más intensas, más fuertes en nuestra alma; es como si Dios se hubiera hecho más operativo en nosotros.

(10) Cfr. Santo Tomás, *Suma Teol.*, 3, q. 65, a. 3.

(11) *Ibid.*, 1, q. 43, a. 3.

(12) Vid. Santo Tomás, *Suma Teologica*, tomo II, B. A. C., Madrid, 1948, *Introducción a la cuestión* XLIII, por el P. Santiago Ramírez, O. P., pág. 636.

## 5. LA EUCARISTÍA Y LA CONCUPISCENCIA.

Hasta ahora me he venido refiriendo únicamente al conocimiento y al amor de las cosas espirituales como condiciones de nuestro desapego a las materiales, ya que, empleando palabras caras a nuestros ascéticos, la aversión a las cosas materiales y transitorias hace posible la conversión a las eternas (13). Pero nos encontramos en la realidad con que no es suficiente conocer y amar lo bueno, necesitamos fuerza para hacer efectivas nuestras tendencias al bien, combatidas muchas veces por las apetencias sensibles, por la concupiscencia, empleando término tradicional.

El Apóstol llama ocasión de ira y ley de pecado a la Ley vieja (14) porque, imponiendo preceptos, no otorgaba fuerza para cumplirlos. La nueva Ley es Ley del espíritu de vida (15) porque, cubriendo la debilidad de nuestra carne, hace posible el que en nosotros se cumpla la Ley nueva, las virtualidades de ésta en orden al combate contra el apetito de la carne, y así lo ha sentido toda la tradición cristiana. San Ambrosio dice que «este pan cotidiano se toma para remedio de la debilidad cotidiana» (16), y San Bernardo, en un precioso texto, nos muestra el cuerpo y sangre del Señor como causa de nuestra pacificación interna: «Si alguno de vosotros no siente ya con tanta frecuencia ni tan fuertes los movimientos de ira, de envidia, de lujuria y de las demás pasiones, atribúyalo al cuerpo y a la sangre del Señor porque la virtud del Sacramento obra en él» (17). Y, como en tantas ocasiones, es Santo Tomás el que, no conformándose con recoger el hecho, señala también la causa de él: «Aunque este sacramento —escribese— no se ordene directamente a la disminución de la concupiscencia, sin embargo, la disminuye por cierta consecuencia en cuanto aumenta la caridad, puesto que, como dice San Agustín (Qq. 83, g. 36), «el aumento de la caridad es la disminución del deseo». Afirma directamente el corazón del hombre en el bien, por lo que es también preservado del pecado» (18).

(13) Cfr. mi obra *Pedagogía de la lucha ascética*, 52, Madrid, 1946, 3.<sup>a</sup> ed.

(14) Cfr. Romanos, 4, 15 y 7, 9.

(15) *Ibid.*, 8, 2-4.

(16) *De Sacramen.*, 1, 5, c. 4.

(17) *Sermón sobre el Bautismo, el Sacramento del Altar y el Lavatorio de los pies*. Vid. S. Bernardo, *Obras*, B. A. C., Madrid, 1947, pág. 466.

(18) *Suma Teol.*, 3, q. 79, a. 6, ad. 3.

Traída a nuestro tema esta doctrina, nos dice que la Eucaristía no va directamente contra nuestras apetencias materiales; pero, fortaleciendo nuestra caridad, nuestro amor a Dios, y por Dios, quedan simultáneamente debilitadas nuestras preocupaciones y tendencias de orden natural; cultiva de tal modo nuestra capacidad de renuncia que, borrando de nuestra vida los apetitos sensibles, hace innecesaria la renuncia de ellos.

Santa Teresa ve en el Sacramento de la Eucaristía un medio que el Señor ideó para curar nuestras flaquezas, y al puntualizar las direcciones de nuestro apetito señaló una que en nuestros tiempos ha adquirido peculiar significado por estar en la raíz de muchos conflictos sociales: «Pues entendiendo el buen Jesús cuán dificultosa cosa era ésta que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza, y que muchas veces hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos, y El tan piadoso, y que era menester medio, porque dejar de dar lo dado vió que en ninguna manera nos conviene, porque está en ello toda nuestra ganancia. Pues cumplirlo vió ser dificultoso, porque decir a un regalado y rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender de esto, sino a su propósito..., ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que puso? No hubiera sino muy poquitos que cumplieran esta palabra, que por nosotros, dijo al Padre, de «fiat voluntas tua». Pues, visto el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene» (19).

## 6. LA EUCARISTÍA Y LA ORACIÓN.

No quedaría completo el esbozo de este tema si no se hiciera referencia a lo que el hombre puede poner de su parte a fin de hacer eficaces las gracias del Sacramento; esto que el hombre ponga será operación educativa, estrictamente hablando, puesto que va encaminada a lograr una perfección. Recordemos que «la educación, en cuanto obra proveniente de la naturaleza humana, es incapaz por sí de obrar efectos sobrenaturales, puesto que serían superiores a su causa; puede ac-

(19) Santa Teresa, *Camino de perfección*, cap. XXXIII, 1.

tuar, sin embargo, a modo de gracia externa (20) y para remover obstáculos con lo cual se facilite la vida divina en las almas.

En primer lugar, señalemos la frecuentación del Sacramento cuya práctica lleva consigo la formación de todo un sistema de hábitos que fortalecen nuestra aptitud para la vida sobrenatural. No me voy a detener en su examen porque de muchas maneras se ha hablado ya del valor pedagógico de la frecuentación eucarística.

Me interesa más particularmente señalar la relación que la Santísima Eucaristía tiene con la actividad que del modo más adecuado enlaza al hombre con Dios: la oración. La oración es, inicialmente al menos, una operación humana, la única operación humana en la que se concentran, según la actual providencia, todas las posibilidades de acceso al orden sobrenatural que el hombre tiene (21).

El mismo nombre de Eucaristía, acción de gracias, ya dice de la relación íntima entre el cuerpo de Cristo y la oración, hasta tal punto, que da nombre a una especie de ésta. Acudiendo a nuestra reflexión podemos lógicamente inferir que no puede haber oración más eficaz que aquella hecha cuando estamos unidos incluso materialmente a Cristo, puesto que es El el mediador puesto por el Padre (22). De suerte que, si queremos desprendernos de lo material podemos llegar al gozo de lo espiritual, al gozo de Dios mismo, mediante la expresión reiterada y tensa de nuestro vehemente deseo de verle y gozarle; y la ocasión más propicia es la de la comunión. «Mas acabado de recibir al Señor —recomienda Santa Teresa—, pues tenéis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir, que si tomáis esta costumbre todas las veces que comulgaréis y procuráis tener tal conciencia que os sea lícito gozar a menudo de este Bien, que no viene tan disfrazado, que, como he dicho, de muchas manera no se dé a conocer conforme al deseo que tenemos de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo» (23).

Y mirando la oración desde nuestro punto de vista, pequeño y a las veces hasta de algún modo egoísta, es la misma Santa quien nos incita a no perder la ocasión: «Estaos vos con El de buena gana; no

(20) Cfr. mi obra *Sobre el maestro y la educación*, Madrid, 1944, pág. 181.

(21) Mateo, 7, 7-12. Juan, 14, 13; 15, 7; 16, 23.

(22) I Timoteo, 2, 5.

(23) Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, cap. XXXIV, 12.

perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado» (24).

En la Santísima Eucaristía tenemos la ocasión y el camino para hacer eficaz la oración. Un autor moderno pide el trato con Cristo en la oración y en el Pan (25), uniendo así la Eucaristía y la oración. ¿Podemos ni siquiera sospechar la fuente de paz que sería el hecho de que los hombres viesan en la Eucaristía y en la oración los instrumentos más eficaces para resolver sus asuntos? La verdad es que hay, por desgracia, una gran diferencia entre la actitud y el modo de «negociar» ante el Sagrado y la actitud y el modo de «negociar» en un corro diplomático o financiero.

## 7. FINAL.

A lo largo de los anteriores renglones he pretendido mostrar el Sacramento de la Eucaristía como el medio más eficaz para fortalecer en el hombre la capacidad de renuncia porque le lleva del modo más entero y por el camino más derecho hacia el conocimiento, el amor y el goce en el Bien absoluto, con lo cual pierden su desordenada fuerza atractiva los bienes materiales y se ciega una, desdichadamente fecunda, fuente de conflictos sociales.

Para terminar, podemos ensanchar la mirada, y haciendo nuestras las palabras de S. S. Pío XII, veremos en la Eucaristía la principal razón de un entrañable hermanamiento con todos los demás: «El Sacramento de la Eucaristía, además de ser una imagen viva y admirabilísima de la unidad de la Iglesia —puesto que el pan que se consagra se compone de muchos granos que se juntan para formar una sola cosa—, nos da al mismo Autor de la gracia sobrenatural para que tomemos de El aquel Espíritu de caridad que nos haga vivir no ya nuestra vida, sino la de Cristo y amor al mismo Redentor en todos los miembros de su Cuerpo social (26).

(24) *Op. cit.*, cap. XXXIV, 10.

(25) José M.<sup>a</sup> Escrivá, *Camino*, 105.

(26) *Enc. Mystici Corporis Christi*, 29 junio 1943. Cfr. *Ecclesia*, núm. 115, página 16.

## SUMMARY

Education, considered as an individual fact, is useful to social welfare in three ways. One of them is the capacity for renunciation. It means the abandonment of some things in order to get others which offer a higher degree of excellence as human limitations do not permit to possess them all at once.

To renounce material things we shall have previously to point out other superior values. The highest value is the Eucharist which is not only the source of grace but the Author of it.

The Eucharist makes man know and enjoy the spiritual benefits, it subjugates concupiscence and leads to the possession of God.